

Dire

Subd

Secr

Dire

Prof

Prof

Ofici

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
MAXIMO EXPONENTE
DEL MODERNISMO VENEZOLANO

por Augusto Germán Orihuela

Dire

Subd

Secr

Dire

Prof

Prof

Ofici

A. G. ORIHUELA

El profesor AUGUSTO GERMAN ORIHUELA es una de las cifras valiosas de la docencia venezolana en la hora actual.

Nacido en Caracas, el 6 de septiembre de 1920, cursó estudios de Educación Secundaria en el Liceo "Andrés Bello"; luego se inscribe en el Instituto Pedagógico, de donde egresó en 1946, formando parte de la Promoción "Cecilio Acosta", con el título de Profesor de Educación Secundaria y Educación Normal en la Especialidad de Castellano, Literatura y Latín.

Su iniciación en la docencia tuvo lugar en el nombrado Liceo "Andrés Bello", para luego pasar a la Subdirección del Liceo de ceo de Aplicación y de aquí a la del Liceo "Caracas", al propio tiempo que regentaba cátedras en el Instituto Pedagógico y en algunos planteles privados de la capital.

Dentro del campo profesional, el profesor Orihuela ha cumplido además las siguientes actuaciones: miembro de comisiones redactoras de programas de su especialidad para la Educación Secundaria y Encargado de la Dirección Técnica del Ministerio de Educación.

En todos los cargos que ha tenido a su cuidado, se ha desempeñado con verdadera eficacia.

En el presente es Vocal del Consejo Técnico de Educación por la rama de Formación Docente.

En 1957, el profesor Orihuela fué exaltado a la Presidencia del Colegio de Profesores de Venezuela, para un período de un año. Su gestión al frente de los destinos de la nombrada institución se caracterizó por una ejemplar consagración a los deberes que tan elevado cargo conlleva.



El profesor Orihuela ha cultivado también el periodismo en los diarios "El Universal" y "El Nacional". De este último es columnista del Papel Literario.

Recientemente le fué conferida la Orden "Andrés Bello".

El Colegio de Profesores de Venezuela editó en un volumen intitulado "En Tono Menor..." (Editorial "Simón Rodríguez", Madrid-Caracas, 1956) un valioso conjunto de ensayos y crónicas escritas por el profesor Orihuela, que tienen por denominador común su pasión por las letras venezolanas. De esa obra tomamos hoy, para insertarlo en las páginas que siguen, el ensayo "Manuel Díaz Rodríguez, máximo exponente del Modernismo venezolano", que es sin duda uno de los mejores trabajos que hasta el presente se han realizado en Venezuela acerca de la personalidad y la obra del autor de "Peregrina".

Este "BOLETIN" se complace en hacer público el testimonio de su satisfacción por contar entre sus colaboradores al profesor Orihuela

R. P-D.

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
MAXIMO EXPONENTE
DEL
MODERNISMO VENEZOLANO

por
A. G. ORIHUELA

SINTESIS DE UNA VIDA FECUNDA

Desde los remotos tiempos de La Colonia hubo un tipo de inmigrante al Nuevo Mundo, que sin duda constituyó uno de los puntales más fuertes para el mantenimiento de todo lo que representaba la España de entonces y de siempre. Este tipo no era, precisamente, el peninsular, sino que venía de fuera, del mar mismo que sintió sobre sus ondas las carabelas del Gran Almirante enfilando proas hacia estas tierras. No era este inmigrante el prototipo del español culto, pero sí del trabajador por excelencia. Venían, generalmente, de las Islas Canarias y formaron un grupo que con el tiempo llegó a ser poderoso económicamente. Sus apellidos se hicieron los más comunes en Venezuela; eran González, Pérez, Fernández, Rodríguez; en fin, eran esos apellidos que llenan varias páginas en la guía telefónica de nuestras ciudades hoy en día. Gente trabajadora, y tanto, que todos, con rarísimas excepciones, llegaron a hacer fortuna. Cruzaban sus familias en ventajosos matrimonios, tanto para la raza como para el engrandecimiento del peculio propio, y

se fué tejiendo la red de apellidos sin ninguna resonancia entre los peninsulares de noble estirpe.

Dir
Sub
Sec
Dire
Los jóvenes, pertenecientes a esas familias venidas de las Islas, como se ha dicho siempre en nuestro país, sobreentendiéndose por tales Las Canarias, contrajeron matrimonio. Eran Juan Díaz Chaves y Dolores Rodríguez; él, analfabeto, pero trabajador, logró hacer una fortuna. Era un matrimonio feliz, con ocho hijos que constituían su mayor preocupación, sobre todo en lo referente a educación; aquel don Juan Díaz, como era conocido por los contornos, entendía que era grave pecado no proporcionar a sus hijos una instrucción que les permitiera desenvolverse en la vida y a la vez prevenirse contra probables descalabros en el patrimonio que les legaría cuando muriese. El menor de todos era Manuel; había nacido el 28 de febrero de 1871 en "Las Dolores", la hermosa posesión cercana a Chacao, donde hoy está emplazada Altamira, y que constituía uno de sus mayores orgullos.

Prof
Prof
Los primeros siete años de la vida de Manuel transcurrieron en aquella estancia, muy cerca del Avila, su "padre inmortal", y de cuyas "canteras de granito" salió su "espíritu valiente". Fueron siete años de compenetración con la Naturaleza, allí siempre esplendorosa, llenándose las pupilas, y por ende el espíritu, sin darse cuenta, de esa polleromía maravillosa que más tarde pintara con tanta precisión y donosura. Fueron siete años de constante corretear por entre opimos cafetales y bajo bucares florecidos. Pero su padre sabía que era necio de su parte dejar a aquel hijo en la estancia siempre, sin ningún provecho intelectual. Por eso, cuando Manuel tuvo los siete años —la edad escolar generalmente aceptada—, toda la familia vino a radicarse en Caracas. Era el año 1878: los medios de transporte eran difíciles, lentos; mas era necesario que todos los hijos de D. Juan Díaz se instruyeran; el mayor muy pronto se graduaría en Medicina, los siete restantes debían seguir estudiando. El traslado a Caracas se hizo inevitable, aunque doliera mucho dejar aquella sabrosísima vida campestre.

Ofic
El Colegio "Sucre", que dirigía por entonces el Dr. Jesús María Sifontes, contó entre los nuevos inscritos de aquel año al niño Manuel Díaz Rodríguez, flacuchento y rebelde. No podía contenerse dentro del recinto del colegio. Era demasiado pedirle a él, que estaba tan acostumbrado a respirar a pleno pecho en su estancia chacaoense. Los primeros días de colegio fueron verdaderamente opresivos, mas el gran lenitivo que es

el tiempo se encargó de ir suavizando el dolor, y los juegos frecuentes con los compañeros fueron limando asperezas, y vino lentamente el amor por las aulas, y llegó a tanto, que más tarde —ya hombre— como alguien quisiera oponerse a que fuera electo "segundo vicepresidente de la Junta Directiva, cuyo objeto muy noble es el de celebrar las Bodas de Plata del Colegio "Sucre", escribió una carta al maestro que concluía de esta manera: "¿Acaso no amo y venero el suelo mismo, las mismas paredes de esa casa del colegio, en donde se quedó para siempre una partecita de lo mejor de mi alma?" (1).

Más tarde es el "Santa María", de aquel venerable maestro que fué el licenciado Agustín Avelado. Son los años inquietos de la adolescencia; cuando, probablemente, comienza a apuntar la vocación; cuando todavía es prematuro asegurar algo con respecto al porvenir; cuando se reciben demasiadas influencias, pero se asimilan muy pocas, acaso las más cercanas, las de los seres más queridos, las de los hermanos; y fué esto último, sin duda, lo que hizo que Díaz Rodríguez estudiara Medicina. El hermano mayor, para esa época, ya se había graduado. Ahora son los años de severas disciplinas universitarias; cuando la complejidad de las materias y la vocación no bien definida necesitan del acopio de toda la voluntad para salir adelante; y como en él esta última era una de sus mayores cualidades, pudo ocupar sitio prominente en la promoción que se graduó en 1891. Pero, entonces, el problema de encontrar el camino se agudiza porque ya hay un radio de acción perfectamente demarcado, y es necesario encontrar dentro de los límites de la profesión la especialidad más en consonancia con su espíritu, que, sin saberlo, es de artista. ¿A qué dedicarse en Medicina cuando se posee una gran sensibilidad? La respuesta surge rápida, casi como un grito: ¿A los niños! ¿Acaso no son verdaderos artistas los especialistas de la medicina infantil? Sólo pueden serlo seres dotados de gran sensibilidad e intuición. Y Díaz Rodríguez es uno de ellos. Pero nuestro medio aún no era lo suficientemente propicio para especializarse. Era necesario concurrir a centros donde la Medicina tuviera mayor desarrollo; oír la enseñanza de reputados especialistas, que en Venezuela no los había por entonces; ampliar el panorama; realizar prácticas aún no conocidas entre nosotros. Y fué

(1).—Manuel Díaz Rodríguez. "Entre las colinas en flor", pág. 127.

así como Díaz Rodríguez, movido por un deseo de superación, partió para Europa en 1892, pasando por las Antillas y Norteamérica.

Los grandes hospitales de París primero, y luego los de Viena, lo cuentan entre los médicos jóvenes que seguían cursos de los que hoy se denominan de posgraduados. Fueron dos años de intenso trabajo, durante los cuales fué menester hacer uso de toda la voluntad para no dejarse vencer por las múltiples acechanzas que la Ciudad-Luz tiende a los que la visitan; y después... la capital del vals; era la época de plena efervescencia de la opereta y el *can-can*. Fué verdaderamente torturador para un hombre, que apenas si alcanzaba los veintidós años, moverse en aquellas dos grandes capitales de la alegría. Pero si hay juventud hay voluntad, y Díaz Rodríguez terminó felizmente su curso bienal, y en 1894 regresó a la patria.

Mas, Díaz Rodríguez ya ha saboreado la vida europea; ha visto cosas que tardarán mucho en llegar a Venezuela, y despierta el deseo en él de visitar nuevamente el Viejo Continente, pero no como estudiante, sino más bien un poco como turista, que quiere ver mucho y pronto. El deseo va adquiriendo contornos de verdadera ansia, y a mediados del 95 parte otra vez. No se imaginó nunca la trascendencia que este viaje tendría en su vida; no pensó jamás al partir que a su vuelta al lar nativo sería recibido con el mayor beneplácito por los hombres de letras caraqueños.

Esta vez no fué Francia ni Austria, sino Italia el país adonde se dirigiera y que ligeramente conocía en la urgencia de un viaje en ferrocarril. Es, probablemente, el viaje más importante de cuantos realizó, que por cierto no fueron pocos; es un viaje en que el alma se le ensancha, que le hace vibrar todas las fibras de la emoción, y llega a desarrollarle un amor tan grande por aquel país, que en 1915, cuando Italia entró en la Primera Gran Guerra, el 23 de mayo de ese mismo año, escribe una página llena de dolor y reproche en la cual confiesa: "Quizás nadie ha amado a Italia como yo, que la he amado casi tanto como al país de mi cuna, aún más que al amor de mi raza, con amor desinteresado y perfecto" (2). Y no era para menos, puesto que fué en Italia, en aquel 1895, cuando por una casualidad y para ganar una apuesta al amigo que le acompañaba,

(2).—Manuel Díaz Rodríguez, Op. Cit., pág. 276.

Armando Blanco —como el mismo Díaz Rodríguez nos lo cuenta en hermosa narración que publicó junto con "*Sermones Líricos*"—, comenzó a escribir, él, que nunca lo había hecho, aquellas deliciosas "*Sensaciones de Viaje*", que publica en París, en 1896 y que tras largo e intenso debate premia nuestra Academia de la Lengua, causando gran admiración —casi conmoción— en los círculos intelectuales del país, para los cuales Díaz Rodríguez era un perfecto desconocido, pues, como dice nuestro gran crítico Jesús Semprún: "La aparición de Díaz Rodríguez en el campo de la literatura fué subitánea y definitiva. No había hecho tanteos en público; no pasó, como es común en nuestras Repúblicas españolas, por el período de los ensayos que son "promesas" para los doctos más o menos tolerantes. Su primer libro fué la revelación cabal de un escritor hecho y derecho, que en la sombra y en el silencio, y sin duda a fuerza de estudio perseverante, había adquirido un dominio sorprendente de la lengua; y que si no mostraba entonces tener cosas grandes o nuevas que decir, sí parecía capaz de contar lo que le plugiera en una prosa llena de sorpresas y delicias" (3).

Ese primer libro de Díaz Rodríguez no sólo alcanzó éxito literario, sino que también lo fué de librería. Y halagado por el triunfo, que desde la patria le cuentan parientes y amigos, vuelve; pero no como el joven médico que apenas se inicia en la carrera, sino como un escritor que cerrará filas al lado de los literatos que constituyen fuerte expresión de la nueva tendencia denominada *modernismo*, que tiene por corifeo al más grande poeta de América, el nicaragüense genial. Y son Pedro Emilio Coll y Pedro César Dominici, también César Zumeta y Angel César Rivas, junto con Urbaneja Achelpohl y Gil Fortuol, que están contentos y celebran la aparición de este nuevo escritor, que si acaso acusa cierta influencia d'annunziana revela a la vez unas condiciones y sobre todo un estilo tan suyo y una posesión tan cabal del idioma, que desde entonces presienten lo que será en el futuro. Y nuestra gran revista, de fama continental y sin sucesión en nuestras letras, "*El Cojo Ilustrado*", se siente feliz de poder contar entre sus colaboradores a Manuel Díaz Rodríguez.

Pero la labor literaria no se limita a la colaboración periódica, pues prepara otro libro, que publica al año del primero.

(3).—Jesús Semprún, "Estudios críticos". Cuaderno de la A. E. V.

Es el año de 1897, que presencia el nacimiento del segundo hijo literario de Díaz Rodríguez, "*Confidencias de Psiquis*", con prólogo de Pedro Emilio Coll. Y ese mismo año "*El Cojo Ilustrado*" recibe una colaboración suya que publica con el título de "Símbolo", que comienza: "Mi alma era un mina abandonada". Y que más adelante continúa: "Al fin apareció una viajera misteriosa. Venía de un país lejano, conocido tan sólo de poetas y niños: el país de donde vienen los anhelos puros, los amores castos y las hadas buenas. En ese país era ella la mejor de las hadas. Su existencia corría dichosa y apacible en un ambiente azul poblado de ensueños y perfumes, a la orilla de lagos en cuyo cristal se miran infinidad de lirios mientras en el fondo de las aguas dormidas abren las ninfas sus corolas como pupilas fantásticas. Fatigada, al cabo, de la misma quietud monótona e imperturbable de su existencia, quiso probar las angustias del hombre y conocer las tristezas del amor. Y para satisfacer tan caprichoso y temerario deseo, subió a un pétalo de lirio, hizo de una gota de rocío carroza de diamantes, y viajando por un rayo de sol, vino hasta el país árido y triste en donde mi alma era una mina abandonada" (4).

El hombre se ha enamorado y el poeta que hay en él ha respondido al llamado del corazón. Es una caraqueña gentil la viajera misteriosa, Graciela Calcaño Sánchez, con ascendencia de músicos y poetas; tenía que ser necesariamente el hada buena capaz de descubrir aquella "*mina abandonada*".

Díaz Rodríguez tiene ahora un motivo más para seguir trabajando con ahinco y anhelando siempre mayores triunfos para ofrendar a la amada. Continúa colaborando en "*El Cojo Ilustrado*", y en 1898 lanza a la luz pública ese precioso conjunto de acuarelas que lleva por título "*De mis romerías*", tercer volumen en tres años, también tercer triunfo, porque la curva de Díaz Rodríguez en la literatura nacional es siempre ascendente. Ni declina ni se estabiliza.

El 7 de julio de 1899, después de publicar una magnífica colección de cuentos con título general de "*Cuentos de Color*", en que se muestra dominador del difícil género, une su vida a la de Doña Graciela, y parten en viaje de novios para Italia. Pero Díaz Rodríguez lleva en éste, su tercer viaje a Europa, una idea de patriota progresista: una inmigración. Era empresa particular, para la cual el Gobierno venezolano sólo tenía

(4).—Manuel Díaz Rodríguez, Op. Cit., pág. 246.

que dar su asentimiento. Pero el noble propósito no se pudo realizar, pues la llegada de Castro al Poder lo echó por tierra. Entonces el escritor se dedica a viajar por diferentes países europeos, hasta que en 1901 vuelve a Caracas y se encuentra con que su última producción, una novela, "*Idolos rotos*" —ya lo sabía por Angel César y otros amigos—, había levantado polvareda, y hasta se le tachaba de poco patriota y desarraigado.

En 1902 hay una terrible conmoción en la vida del gran estilista: pierde a su padre, y en él a su mejor amigo. Y adquiere la responsabilidad de velar por el mantenimiento del patrimonio familiar —ya un poco resentido— y se va al campo a trabajar la tierra con el mismo entusiasmo con que venía haciendo literatura, "dirigiendo en persona —como dice Key Ayala— las únicas rasgaduras que él hizo en el vientre de la patria, las sagradas heridas de la reja del arado".

Pero siempre tendrá tiempo para escribir y durante ese mismo año publica su segunda novela: "*Sangre patricia*", con la cual inicia una nueva etapa no continuada en nuestro país: la de la novela psicológica. Sigue escribiendo y guardando originales que más tarde o más temprano serán publicados, algunos en "*El Cojo Ilustrado*", hasta que esta revista promovió un concurso cuyo resultado se obtuvo en 1904, y que produjo enorme revuelo, pues habiendo sido premiado el cuento "*La bandera*", de Alejandro Fernández García, Díaz Rodríguez pensó que el jurado, que por cierto presidía su suegro, D. Eduardo Calcaño, no había procedido con la ecuanimidad necesaria, ya que a él le parecía que de haber leído su trabajo "*Música bárbara*", el veredicto le hubiese sido favorable. Irritado por lo que él creyó una injusticia, llamó por teléfono al Sr. Herrera Irigoyen y le dijo que en el concurso de su revista se había efectuado un *cucambé*. . . Naturalmente, el director de "*El Cojo Ilustrado*" hizo las aclaraciones necesarias, mientras Díaz Rodríguez y Fernández García se trabaron en una violenta lid literaria, en la que —como dice Juan Santaella— ganó la literatura, pues de ella fueron producto joyas literarias como ésta:

EL SONETO DEL ORGULLO O LO QUE
EL POETA DICE AL AVILA

Como tú, que al tumulto de los mares
impones el silencio de la altura,

se alza la impavidez de mi bravura
encima de un tumulto de juagares.

Como tú, si te muerde los ijares
la roza, y tus barrancos empurpura,
desdeño la traidora mordedura
con que el odio quemó mis calcañares.

Y también como tú, que indiferente
¡oh mi padre inmortal! del Infinito
a la diadema azul pones la frente,

ni voy tras de la Gloria, ni la evito:
que no en vano mi espíritu valiente
salió de tus canteras de granito.

(M. Díaz Rodríguez)

Pero al año de estos sinsabores, el destino le depara la enorme dicha de ser padre de una niña, Yolanda, primera y única. Son unas manecitas tibias que de entre pañales golpearán imprecisamente su cara siempre adusta y poco dulcificada por la sonrisa. Durante los tres años siguientes hace vida de campo hasta 1908. Cuando el general Juan Vicente Gómez toma el Poder, es nombrado vicerrector de la Universidad Central de Venezuela; hecho que le obliga desde entonces a participar activamente en la vida política del país. Lo que hizo, no con la idea de colaborar con el régimen, sino por el contrario para dentro del mismo régimen poder neutralizar la acción funesta del Dictador, a quien en más de una ocasión dijo verdades que quizás en otros hubieran podido acarrear serias consecuencias, pero que su recia personalidad, unida a una indudable gran suerte, logró evitar. En el mismo año en que empieza su carrera política, publica "*Camino de perfección*". En 1910, siendo aún vicerrector, fué enviado, en unión del doctor César Zumeta, a la Argentina para representar a Venezuela en la IV Conferencia Panamericana. Cuando vuelve ocupa la Dirección de Instrucción Superior y Bellas Artes, cargo que desempeña hasta 1913, cuando el doctor Gil Fortuol, que se halla en la Cartera de Relaciones Exteriores, lo nombra director de la misma; y en 1914 se le designa para ese mismo Ministerio; es una época

de grandes dificultades para cualquier ministro de Negocios Extranjeros, pues ya ha comenzado la terrible conflagración mundial de 1914-18, y Díaz Rodríguez se desempeña brillantemente, tanto que hasta concibe el proyecto de un Congreso de Neutrales a fin de evitar "La vieja pretensión de los beligerantes —como él dice— a que priven los derechos de guerra..." "Dicho *memorándum* fué, en efecto, redactado en ese mismo mes de septiembre —explicaba él mismo en 1915, un año después, cuando ya no era ministro de Relaciones Exteriores—; pero, circunstancias de orden interno de la Cancillería y que no es oportuno historiar por ahora, estorbaron su comunicación a los países amigos hasta mediados del siguiente mes de octubre. Y estaba ya listo para comunicarse a todos los Gobiernos americanos, a las comisiones panamericanas de los distintos países y a la Unión Panamericana de Washington, por conducto de nuestro Ministerio en los Estados Unidos, cuando sobrevino la crisis ministerial por la que dejé de formar parte del Gabinete" (5).

Pero no por eso fracasó su proyecto, sino que el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, general Ignacio Andrade, lo adoptó plenamente, "y por medio de nuestro ministro en Washington lo enrumbo felizmente a la victoria" (6).

En 1915 es nombrado senador por el Estado Bolívar, pero su labor en el Parlamento no tiene tiempo de desarrollarse, pues en 1916 es llamado de nuevo a formar parte del Gabinete y se encarga entonces de la Cartera de Fomento, cargo que desempeña durante dos años, y en 1918 vuelve al Congreso. Publica "*Sermones líricos*". Una vez terminada la guerra (1919), Italia hizo fuertes reclamaciones a Venezuela, razón por la cual el Gobierno envió a Díaz Rodríguez con el encargo de entablar negociaciones, y "el Maestro", como se le llamaba en los medios literarios, se desenvolvió con el mayor acierto, con una habilidad tal, que logró reducir las aspiraciones italianas a una cifra mínima en comparación a la cantidad inicial exigida. Luego de este notable triunfo diplomático el Gobierno lo envió a Ginebra como representante de Venezuela ante la Sociedad de las Naciones. En 1922 publica "*Peregrina*". Después vuelve a

(5).—Manuel Díaz Rodríguez, "Entre las colinas en flor", pág. 291.

(6).—Idem, id., pág. 291.



Manuel Díaz Rodríguez
(1871 - 1927)

Italia e inaugura la Plaza Bolívar en el Monte Sacro, y en 1923 regresa a Venezuela.

En 1924 ingresa en la Academia de la Historia. Pasa un año sin actividad política y en 1925 es nombrado presidente del Estado Nueva Esparta, donde intenta realizar una política industrial aprovechando productos naturales y típicos de la isla, pero tropezó, como primer obstáculo, "con la indolencia del pueblo y el poco empuje del Gobierno Federal". En julio de 1926 es trasladado a la presidencia de Sucre, que desempeña hasta fines del año. La salud está muy resentida. El mal es mortal; progresa en forma "*inmisericorde*". El lo sabe. Sólo un milagro podría salvarlo. Pero Díaz Rodríguez, viajero de todos los caminos, hurgador de todos los horizontes, siente que tiene una deuda para con la tierra que lo vió nacer: conocerla y describirla con su prosa maravillosa, que le ha valido ser considerado el primer estilista de Venezuela y uno de los mejores de habla castellana, y a pesar del cáncer terrible que cada día se adueña más de su garganta, se siente todavía con ánimo para viajar por el Orinoco y el Apure y tomar apuntes lo mismo que hizo cuando estuvo en Margarita, compenetrándose con el alma de su pueblo, penetrando su psicología, captando ambientes, anotando hechos sobre personajes que hubieran podido ser embrión de novelas venezolanas y que quizá ya se perfilaban en su mente, pero que nunca pudieron ser escritas.

El cáncer sigue progresando y hay que hacer un último esfuerzo, sólo la cirugía podría hacer algo, y en mayo de 1927 sale para Nueva York. Son varios meses de tratamiento, hasta que en agosto ingresa en el Memorial Hospital. El 25 de agosto le practican una traqueotomía; mas todo es inútil, el 27 muere...

"Pudo decir que continuaba siendo —en hora vecina a su postrer instante— acusador y no acusado. Porque no fué él de los que colaboran con afanes de cartiginismo sin escrúpulos, sino de los que dan el caudal de sus merecimientos a la ocasión que creen propicia para alcanzar perfeccionamientos colectivos en la medida que demarquen las modalidades de las circunstancias y dentro de las posibilidades del instante. Y además, ahí queda su labor de patriota expuesta al análisis de la crítica histórica para que resalte su buena voluntad de hombre de acción. No es virtud la que necesita del aislamiento y la abstención para mantenerse evidente. Virtud mucho mayor que esa, mojegata o tímida, es aceptar lealmente el puesto en la milicia de la vida y cargar

con las responsabilidades que son liviana carga cuando se re-
cuestan en la bruñida lámina de una conciencia sin mácula" (7).

LA OBRA DE UN ESTILISTA PSICOLOGO

Con "*Sensaciones de viaje*" se inicia Díaz Rodríguez en la literatura. Son siete capítulos los que componen la obra; cada uno de ellos representa la captación de un paisaje distinto. "Los siete capítulos son como siete melodías distintas —dice Pedro Emilio Coll, el gran animador de "*Cosmópolis*"—, según fué la cuerda que hizo vibrar la impresión exterior: en Roma, en las naves de San Pedro, se reveló por reacción el estudiante de medicina, positivista y revolucionario; en Florencia fué erudito; en Venecia poeta; alrededor de Nápoles travieso como un colegial en vacaciones; en la Aldea Lombarda experimentó el anhelo torturador de los cerebrales, de hacerse simple, de saborear las alegrías rústicas del campesino..." (8).

Editado en París por Garnier Hermanos, en 1896, fué obra consagratoria, casi, para Díaz Rodríguez. En el primer capítulo, "Aldea Lombarda", hay magnífica descripción del paisaje que, unida a la de algunos personajes, son, además de maravilla estilística, claro anuncio del novelista que había encerrado en Díaz Rodríguez, narrador emotivo y buen captador de ambientes y humanidades. Ningún otro capítulo de los del libro hubiera llenado mejor su cometido de interesar al lector desde el momento mismo en que empieza uno a leerlo, que "Aldea Lombarda"; su solo título es ya promesa de sabrosas páginas, y a medida que se progresa en su lectura se siente el ambiente de la Italia septentrional con todos sus encantos y todas sus realidades.

En el segundo capítulo, "Venecia", la descripción siempre viva y amena logra mantenerse dentro de un marco poético, propio de la ciudad de los canales y las góndolas, aunque en algún momento surja el recuerdo histórico de sabor amargo.

La ciudad de los Médicis marca la tercera etapa, en la que Díaz Rodríguez hace, sin ponerse pesado, alarde de sus conocimientos sobre arte renacentista, pero en una forma tal, que se

(7) Agustín Aveledo Urbaneja, "Panegírico". En "Cultura Venezolana", julio-agosto de 1927.

(8) Pedro Emilio Coll, "Palabras", pág. 110.

lee con agrado, pues conserva siempre el ritmo de capítulo de obra literaria y no cae en la aridez de una historia del arte, siempre apegada al dato.

No se puede decir lo mismo de "Roma", que es el cuarto capítulo, pues quién sabe por qué causa la obra pierde aquí la agilidad que le venía caracterizando. Tal vez sería falta de simpatía que el autor experimentase hacia la Ciudad Eterna. Y si así fuere, ¿por qué lo escribió? Pues, probablemente por compromiso con el lector, que se habría quejado, con toda razón, de no encontrar en un libro sobre Italia un capítulo especialmente dedicado a Roma. Lo cierto es que, para mi gusto, este tramo del libro constituye un lunar, a pesar del estilo, ya que abunda en el dato histórico y peca de erudición.

Nápoles encauza de nuevo la narración por el grato sendero de la aventura viajera que nos interrumpiera Roma con su adustez de gran señora. A través de las páginas que Díaz Rodríguez dedica a la ciudad del Vesubio, se siente la alegría sana del viajero que busca las mil y una formas de aventura que salen al paso en una ciudad desconocida y que, por tanto, encierran mayores encantos. La deliciosa aventura de Nápoles se prolonga por sus alrededores en bien hechas descripciones, que se leen con placer pues generalmente van salpicadas de la anécdota narrada con facilidad.

El salto que Díaz Rodríguez da para el último capítulo es sorprendente. Nos traía casi de la mano, podríamos decir, por Italia; mas de pronto, para cerrar el libro, nos mete en el abigarramiento de colores, hombres y costumbres de Constantinopla.

Lo que verdaderamente llama la atención en la lectura de "*Sensaciones de viaje*" es la soltura con que Díaz Rodríguez se desenvuelve, sobre todo si tomamos en cuenta que es su primera producción sin haber hecho "tanteos en público". Cuando se lee esta obra se tiene la impresión de estar leyendo a un veterano de la descripción, y por eso sorprende saber que entonces era nuestro gran estilista un mozo de veinticinco años, que nunca antes había publicado nada. Y pensamos que si no sería por esto por lo que hubo tan largo debate en nuestra Academia de la Lengua para concederle el premio del año. Lo cierto es que "*Sensaciones de viaje*" es un libro sin par en nuestra literatura nacional.

En una elegante edición hecha por Tipografía "El Cojo", aparece en 1896 el segundo libro de Díaz Rodríguez; "*Confidencias de Psiquis*" es el título, con prólogo de Pedro Emilio Coll,

quien con sus admirables dotes de observador y ensayista realiza interesantes anotaciones sobre la obra y la personalidad del autor.

Es este segundo libro de Díaz Rodríguez un conjunto de seis narraciones de carácter psicológico, en las cuales se ponen de manifiesto las magníficas cualidades que poseía nuestro gran estilista para conocer los sentimientos y reacciones del alma humana. Cualquiera que se escoja para ser estudiada, nos pondrá de relieve el psicólogo que había en Díaz Rodríguez, condición que se hará sentir a lo largo de toda su producción literaria. Son estas seis narraciones producto de un detenido estudio sobre la humana condición, y en ningún momento rechazables por ideales; al contrario, cada una de ellas constituye caso factible en nuestro vivir cotidiano; lo que sucede es que no todos tenemos las condiciones ya apuntadas en Díaz Rodríguez y por eso la mayoría de los casos análogos a los por él narrados pasan, más o menos, inadvertidos. Por ejemplo, el caso de la "señorita Gertrudis Fuentes que confía la causa de sus celos a la amiga" es sólo un poco sorpresivo, pues eso de tener celos de sí misma no será caso corriente, pero sí muy posible, sobre todo cuando se ha sufrido una evidente transformación como es la del asunto en cuestión.

Revela Díaz Rodríguez en esta obra poseer, además de una gran sensibilidad, unas dotes especiales para el desarrollo de interioridades anímicas, ya sean de hombre como de mujer; es el caso de la coqueta que siente necesidad de practicar ciertas estratagemas que no pasan a mayores: "jamás pensó que al arrancar a los hombres alabanzas y galanteos apasionados, tuviese peligros y consecuencias graves, ni mucho menos que en su conducta hubiera nada criminal" (9). Y por eso no tuvo importancia para ella el beso que en un momento de desenfreno pasional imprimiera en sus labios un gran amigo de su marido; aquello fué solamente como el final de una de sus pequeñas supersticiones; en tanto que "el amante de un minuto" se sentía dos veces traidor: "traidor a la prometida inocente y confiada, y traidor al amigo generoso y bueno" (10).

Hay, pues, en "*Confidencias de Psiquis*", captación de momentos psicológicos de inapreciable valor, narrados en una prosa

(9) Manuel Díaz Rodríguez, "*Confidencias de Psiquis*", pág. 111.

(10) Idem, *íd.*, pág. 119.

de calidad tal que por ella sola podría la obra catalogarse entre lo mejor de la producción del autor.

También fué "El Cojo" quien en cuidada edición presentó la tercera obra en volumen de Díaz Rodríguez, en 1898, y que lleva por título "*De mis romerías*", formada por nueve capítulos de admirable factura, en los cuales maravilla la perfecta conjunción de lo psicológico con lo meramente formal. Podría pensarse, sin gran riesgo, que esta obra fué el punto de convergencia de las dos anteriores: pues, si "*Sensaciones de viaje*" son brillantes descripciones de sitios visitados y "*Confidencias de Psiquis*" atinadas observaciones psicológicas, "*De mis romerías*" son hermosos recuerdos de viaje, magistralmente descritos, que enmarcan casi siempre notables estados de ánimo, y en muchas ocasiones matizados de un cierto sentimentalismo nunca acusado antes por el gran estilista.

Así el segundo capítulo, "Levantina", tiene el sabor de cosa vivida con anterioridad. Es el recuerdo del anciano Silbermann de un amor adolescente que jamás cristalizó, en el brillante escenario de la Constantinopla legendaria, de cuando las mujeres ofrecían el enigma de sus rostros velados a la curiosidad nunca satisfecha de los viandantes. Posee este capítulo estados de ánimo, admirablemente descritos por el enamorado, sin caer jamás en la ramplonería, ni en lo cursi; al contrario, se mantiene dentro de un perfecto equilibrio que nos admira y nos alegra, pues nos damos cuenta que es posible decir ciertas cosas dentro de un plano verdaderamente artístico.

Otro capítulo de este libro de Díaz Rodríguez, que causa admiración por la brillante descripción, auténtica sinfonía de colores, es "Oriental". Nos *pinta*, podemos decir sin temor a la exageración, un día de parada en Constantinopla. No logra uno explicarse cómo es posible tanta maravilla salida de la pluma que manejara la mano de un hombre. Lo que sí se logra entender es que se puede llamar a Díaz Rodríguez gran señor del estilo, pues, aunque no hubiera escrito nada más, esta sola página lo acreditaría como un gran estilista.

Se podría escoger cualquier capítulo de este libro, pues todos son igualmente bellos; en todos se encuentra la magia avasalladora de un estilo que mientras más se lee más subyuga, y que encaja de manera perfecta en su época y su tendencia. "*De mis romerías*" es ejemplo perenne de buen decir y donosura en la literatura universal.

Una colección de cuentos que se agrupan bajo el título general de "*Cuentos de color*", publica Díaz Rodríguez en 1899, anotándose otro verdadero éxito, tanto de librería como artístico. En esta colección de cuentos se encuentran los más variados matices, no sólo por los títulos que van desde el blanco y azul pálido, hasta el rojo y negro, pasando por el gris, el verde, el áureo y el rojo pálido, sino por su contenido; en cada caso, análisis detenido y humano de diferentes actitudes anímicas, que Díaz Rodríguez realiza con admirables condiciones de psicólogo y poeta.

"Díaz Rodríguez se ha servido muchas veces —dice Angel César Rivas, el pionero de la *leyenda dorada*— para escribir un cuento de una imperceptible vibración anímica, asida con maestría y que él, hábil en el manejo del análisis, ha sabido descomponer hasta extraerle todos los secretos y toda la belleza que encerraba. Muchos y muy variados son en este libro los estados de alma, conmovedores y raros, que constituyen la base de los distintos cuentos; y puede decirse que en algunos de ellos la imagen ha sido tan persistente y tan fecunda que con sólo exponerla ha hallado el autor los medios de hacernos sentir más de un problema complicado y difícil" (11).

El primero, "Cuento azul", pues tiene su origen en el cielo, son exquisitas páginas de un mundo extraterreno, ideal; con presentación de un ambiente de ensueños, en que la descripción es tan idealizada y de tan variado colorido, que sólo podría comparársele a ciertas producciones cinematográficas modernas —"Fantasía"— en las cuales el color, el movimiento y la música transportan a uno a sitios jamás soñados. Y entonces cabría asegurar que Díaz Rodríguez, con la magia de su estilo no igualado, había ya realizado el milagro que hoy asombra y deleita al espectador de cine.

Si bien es cierto que este primer cuento se queda en el aspecto formal y, acaso, sólo sea muestra imponderable de una técnica acabada en la expresión, hay en "*Cuentos de color*" otros de gran contenido humano, que son prueba de las innegables cualidades de psicólogo y, por tanto, de novelista —aunque la miopía de algunos de nuestros críticos no le reconozcan, tal vez porque se pierden y hasta se embriagan en las excelencias del estilo— que hay en Díaz Rodríguez.

(11) "El Cojo Ilustrado". Marzo, 1899.

Uno de estos cuentos de inmenso contenido humano, en el que palpita el tremendo problema social de la diferencia y lucha de razas, de tanta actualidad en nuestra América, es el titulado "Cuento negro". En él, Díaz Rodríguez, adelantándose a su época, enfoca dos temas que dan el material de sus obras a cuentistas y novelistas modernos: la igualdad social y el psicoanálisis; y lo hace tan cabal, con una sutileza tal realiza ambos problemas, que impresiona pensar que fueran hechos en la última etapa del siglo pasado; pues tiene este cuento todo el sabor de la literatura de los últimos veinte años, luego de la revolución rusa y del auge alcanzado por las teorías freudianas. Y todo enmarcado en la maravilla de su estilo sin par.

Al leer este volumen de cuentos, casi todos admirables, no podemos dejar de reconocer en Díaz Rodríguez un excelente cultivador de este género tan difícil, con el que todo el mundo se atreve y con el que muy pocos pueden.

Después de los triunfos anteriores, Díaz Rodríguez se inicia, en 1901, cuando edita, en París, "*Idolos rotos*", en un género hasta entonces cultivado en Venezuela con muy poco acierto, salvo ligeras excepciones; es el de la novela. En el que según la mayoría de la crítica eriolta, el gran estilista anduvo perdido. Sin embargo, un estudio detenido —en que se tome en cuenta la época y escuela del escritor— nos conduciría, necesariamente, a una revalorización de su producción artística.

En "*Idolos rotos*" aparece la captación precisa de una época venezolana y que Picón-Salas interpreta como "una novela símbolo cuyas últimas páginas recuerdan los angustiosos días vividos en Caracas a comienzos del 1900, cuando la revolución de Cipriano Castro precipitó sobre la capital aquellas bandas famélicas de labriegos convertidos en soldados que acompañaron al caudillo triunfador desde la frontera colombiana" (12).

Con esta obra Díaz Rodríguez alcanzó el más grande éxito de su vida literaria; no en el aspecto literario propiamente dicho, pues la crítica le fué adversa, sino más bien de librería, ya que armó un gran revuelo, tal era la precisión y realismo que empleaba en la descripción de hechos y la creación de personajes, sobre todo esta última, en la que más de un caraqueño de la época se sintió retratado. Se elevó un coro de protestas en su contra; lo que influyó, desgraciadamente, en la crítica coetánea, queriendo

(12) M. Picón-Salas, "Literatura venezolana", pág. 189.

algunos identificar al autor con el personaje central, Alberto Soria; como Gonzalo Picón Febres, que en su *"Historia de la literatura venezolana del siglo XIX"* dice: *"Idolos rotos"* huele a odio en todos sus capítulos, trasciende a desprecio por Caracas, respira cruel venganza. Para Alberto Soria tanto como para Díaz Rodríguez, cuyos temperamentos puede decirse que son coesenciales, todo en Caracas es atroz, todo es podrido, cursi, demasiado irrisorio, asaz infame, asqueroso y canallesco" (13).

Es verdaderamente desafortunada la aseveración del crítico emeritense. ¿Cómo es posible asegurar que haya odio en esas páginas, cuando lo que se siente, sin necesidad de poseer dotes extraordinarias, es un noble afán de señalar los defectos de la patria, o mejor de los compatriotas a fin de que sean corregidos? No se concibe que un escritor del talento de Picón Febres se hubiese arriesgado a lanzar tan tremendo juicio. Y por eso el mismo Díaz Rodríguez, en "Epístola ingenua" que le dirige en 1906, se defiende en forma brillante de tales acusaciones.

Mucho más acertado es el juicio que sobre esta obra da Rafael Angarita Arvelo en su *"Historia y crítica de la novela en Venezuela"*, cuando dice: "La sátira social de Díaz Rodríguez, su diatriba férvida de este libro, es edificante, desbordada sobre un pueblo como tónico o paliativo, dibujada de ese acento profético que anuncia al artista, venezolano juvenil" (14).

Pero este mismo crítico incurre en el error que otros al decir: "Lo infecundo de este libro es su recargo de literatura y su descuido novelístico que lo desprenden de la carne venezolana, fuera de nuestra realidad, al revés de cuanto se propone el autor" (15).

¿Cómo es posible? Ninguna novela más caraqueña —acaso *"Reinaldo Solar"*, de Rómulo Gallegos, y eso en sus primeros capítulos, o *"Ifigencia"*, de Teresa de la Parra —que *"Idolos Rotos"*. ¿Cómo "fuera de nuestra realidad"? Si hay en la literatura nacional obra alguna que pinte la más cruda realidad de la vida social y política nuestra, esa es *"Idolos rotos"*. De allí, precisamente, por haber puesto el dedo en la llaga, sale el furor que entre algunos caraqueños levantó. En cuanto al "recargo de literatura", no es posible olvidar que Díaz Rodríguez, sobre todo,

(13) G. Picón Febres, "La literatura venezolana en el siglo XIX", pág. 404.

(14) R. Angarita Arvelo, "Historia y crítica de la novela en Venezuela", pág. 62.

(15) Idem., id., pág. 63.

es un modernista, y cada obra y su autor hay que estudiarlos con sujeción a su época y escuela, porque de lo contrario las más altas cimas de la literatura universal se nos desmoronarían entre las manos.

En cualquier forma es de fuerza aceptar en *"Idolos rotos"* a Díaz Rodríguez como uno de nuestros primeros novelistas, porque lo contrario sería testarudez y negación de lo más positivo de la literatura nacional, que se enorgullece de contarlos entre sus valores más preclaros.

Al año siguiente de la publicación de *"Idolos rotos"*, o sea, en 1902, aparece otra novela de Díaz Rodríguez. Es *"Sangre patricia"*, con desarrollo en dos ambientes bien distintos pero muy conocidos de él y perfectamente descritos: Caracas y París. No son éstos lo que más importa en esta novela, sino el estudio psicológico del personaje central, Tulio Arcos, que nuestra crítica no ha visto o no ha querido ver. Porque como dice Blanco Fombona: "Díaz Rodríguez, que es al propio tiempo un psicólogo y un poeta, escudriña y analiza hasta la desesperación las almas, no en un gabinete anatómico murado, sino en medio del campo a la luz del sol y sobre cubierta de un buque, en plena mar azul. Su método consiste en hacer monografías de almas y grandes frescos o paisajes. El paisajista, el pintor, acompaña en él al psicólogo. Su reciente novela, *"Sangre patricia"*, es la confirmación de su método" (16).

Podría pensarse que Blanco Fombona emitiera los anteriores conceptos enaltecedores juzgando la obra a través del prisma de la amistad y el compañerismo. Pero, cómo considerar entonces la opinión de un crítico lejos de Díaz Rodríguez por espacio y tiempo como Arturo Torres-Rioseco, que en *"La gran literatura iberoamericana"*, en el capítulo dedicado a la novela psicológica y filosófica, dice: "Pero la obra más grande de Díaz Rodríguez es *"Sangre patricia"*, notable estudio de psicopatología. La historia se abre con la muerte de la heroína, Belén, ahogada (?) en el mar, al embarcarse rumbo a París para encontrarse con el joven Tulio Arcos, con quien se había casado por poder. Tulio enferma al recibir la noticia y al convalecer lo persigue la extraña visión de su amada en el mar:

(16) R. Blanco Fombona, "Letras y letrados de Hispanoamérica", pág. 66.

Era siempre la misma rara sensación del baño, el mismo suave descender, balanceándose en una hamaca transparente y viva, y el mismo fantástico viajar por entre valles y colinas, en lo más profundo del océano, hasta la montaña de púrpura, sobre cuya cima se alzaba la belleza de Belén, como un lirio abierto sobre una montaña de rosas. Y siempre Tulio hablaba o se imaginaba estar hablando con la novia, mientras el sueño no se desvanecía, o la novia no se cambiaba en una rígida madrëpora.

Y sigue Torres-Rioseco: "La alucinación se hace cada vez más fuerte, vigorizada por la fuerza sugestiva de todo lo verde, las hojas nuevas, las esmeraldas y en particular el agua. Con el tiempo la atracción del mar se hace mayor, la visión se torna permanente, y Tulio viaja por el Mediterráneo en una fantástica luna de miel vivida en el dominio de lo subconsciente. Por último se embarca para Venezuela y, al llegar al punto en que su amada se ahogó (?) se arroja al agua para unirse a la sirena. Escrita en el incomparable estilo de Díaz Rodríguez, con imágenes pulidas, ritmo poético y brillante color, "*Sangre patricia*", después de casi medio siglo, es aún una obra maestra de imaginación y psicopatología fantasmagóricas".

Estudiada esta obra de Díaz Rodríguez con un criterio sano, libre de chocantes comparaciones entre él y los protagonistas de sus ficciones literarias, como lo hicieron Picón Febres, primero, y Angarita Arvelo, después, es necesario admitir que aunque Picón-Salas diga lo contrario, Díaz Rodríguez si es un novelista, y en caso de negarlo tropezaríamos con el terrible problema de que nuestra novelística nacional no empezaría sino, tal vez, con Blanco Fombona, o con Urbaneja Achelpohl, produciéndose entonces un tremendo vacío hasta que aparecen Pocaterra y Rómulo Gallegos.

En 1908, después de seis años sin publicar en volumen, lapso durante el cual sólo tiene resonancia por la conmoción que en nuestro medio literario produjo el incidente de "*Música bárbara*", del certamen promovido por "*El Cojo Ilustrado*", aparece Díaz Rodríguez con un libro nuevo y un género no cultivado antes por él: el ensayo.

El maestro, que con tan buen éxito ha cultivado la crónica de viaje, el cuento y la novela, emprendió camino por el di-

ficil sendero que abrió Miguel de Montaigne, y que es, hoy por hoy, el género que caracteriza nuestra época, pero que al igual que el cuento ofrece tantas dificultades que, sin embargo, muchos pretenden obviar.

El título de este libro de Díaz Rodríguez no podía ser más sugestivo: "*Camino de perfección y otros ensayos*", o también, "*Apuntaciones para una biografía espiritual de Don Perfecto*", y su contenido no puede ser mejor; es el ensayo sobre la vanidad y el orgullo; es el ensayo sobre el "*progresivo y universal yanquizarse*"; es un ensayo sobre la idea de ciencia; es, en síntesis, uno de los mejores libros que se han escrito en América y que automáticamente convierte a su autor en uno de los intelectuales de más maduro pensamiento en nuestro Continente.

Trae "*Camino de perfección*" entre sus páginas un "Paréntesis modernista o ligero ensayo sobre el modernismo" de inapreciable valor para la literatura universal; pues resulta sobre manera interesante saber cómo sentía un modernista —sobre todo de la talla intelectual de Díaz Rodríguez— el modernismo; conocer qué entendía él —su cultivador— por esa tan discutida tendencia, y así, ya en posesión de esos datos, poder enjuiciar con más o menos ecuanimidad el movimiento. Considera Díaz Rodríguez el modernismo como la conjunción de dos tendencias, la tendencia de "*volver a la naturaleza*" y la tendencia al "*misticismo*".

Termina el libro con "Nuevas y últimas apuntaciones para una biografía espiritual de Don Perfecto, seguidas de un ensayo crítico de la crítica" en que pone de manifiesto una admirable penetración y una enorme sagacidad espiritual que colocan a Díaz Rodríguez en envidiable situación como hombre que a una magnífica ilustración y talento unía la extraordinaria sensibilidad que se haya presente en toda su producción literaria y que es característica de espíritus selectos como el suyo.

No es posible entender cómo al escribir sobre Díaz Rodríguez pueda alguien olvidar "*Camino de perfección*", y sin embargo, Picón-Salas lo ha hecho; no es posible olvidar "*Camino de perfección*" porque es uno de los hitos del pensamiento americano; porque el sólo bastaría para justificar el título del presente trabajo; porque él colocó a su autor al lado de americanos de la altura intelectual y que son llamados maestros del Continente, como José Enrique Rodó y José Ingenieros, que dijo: "A pesar de nuestras divergencias y de nuestros argumentos opuestos, yo creo que '*Camino de perfección*' de Díaz

Rodríguez, es el libro más hermoso y meduloso que se ha escrito en América" (17).

Con el título general de "*Sermones líricos*", publicó Díaz Rodríguez, en 1918, una serie de trabajos en magnífica prosa realizados. A pesar del título no todos son discursos, de ahí que el maestro se viera precisado a dividir el volumen —que tiene un prefacio que es extraordinaria justificación para ser publicado— en tres partes: I. Sermones líricos. II. Prosas de arte, justicia y devoción. III. Nuevas prosas. Todas expresión cabal del pensamiento de su autor y muestra indiscutible de sus cualidades de señor del idioma.

La primera parte del libro la componen quince piezas oratorias, cada una de las cuales es ejemplo insustituible del género. Van desde la acción de gracias a la Academia Venezolana de la Lengua por el premio concedido a "*Sensaciones de Viaje*", su primer libro, pasando por oraciones fúnebres —Jacinto Gutiérrez Coll y Pérez Bonalde— y discursos en efemérides patrias, hasta los de la celebración de triunfos artísticos: Mantenedor de los primeros Juegos Florales de Caracas y el de Homenaje a Tito Salas

La segunda parte es, sin duda, la más interesante en lo que respecta al reflejo de su pensamiento y al dato que sobre su propia vida nos atrae. Entre ellas está ese singular trabajo titulado "*Matemos la retórica*", en el que combate el culto que se venía rindiendo a la pura forma en nuestra literatura sin que se llegara a la médula misma de la tierra y sus ingentes problemas. También pertenece a este grupo de prosas la "*Epístola ingenua*" dirigida a Picón Febres por los desquiciados conceptos que éste emitiera sobre "*Idolos rotos*".

La tercera y última parte está formada por cinco capítulos o trabajos que son trasuntos del espíritu de su autor. Escritos en su deliciosa prosa, nos subyugan por el modo valiente y decidido de decir las cosas. El primero, "*Iniciación involuntaria*", nos habla de la manera ocasional de cómo se inició en las letras; es la remembranza, casi llena de ternura, hacia el amigo de la primera juventud.

Y así los que siguen son también de evocación, menos "*Sangre de Hispania fecunda*", que es vibrante defensa de uno de sus propios libros, "*Camino de perfección*".

(17) Diego Carbonell, "El Bolívar de D. Manuel Díaz Rodríguez". "El Universal", Caracas, 31-V-1944.

Y para cerrar el libro, un capítulo lleno de amor y poesía, "La sonrisa de Leonardo", que emociona por la sinceridad y el poder evocador que, junto con la brillante descripción de una región italiana, hacen de él una de las páginas más hermosas salidas de la pluma de nuestro máximo estilista.

Fué este libro el tercer volumen que publicó la Biblioteca de Venezuela bajo la dirección de aquel acucioso investigador que era D. Manuel Segundo Sánchez.

Nuestro gran estilista debía a la literatura nacional, o mejor al criollismo, su contribución; sobre todo, que siempre se estaba esperando de él la obra que resumiera el alma popular venezolana, que con sus excelentes cualidades de psicólogo y en su carácter de dueño de posesiones rurales podía fácilmente captar, y así llegar a confirmar la predicción rubendariana de que él escribiría la auténtica novela americana.

Por fin, en 1922, apareció esa hermosa novela de carácter rural que se titula "*Peregrina*" o "*El pozo encantado*" (novela de rústicos del valle de Caracas), que formó un volumen junto con "*Las ovejas y las rosas del Padre Serafín*", "*Egloga de verano*" y "*Música bárbara*", tres narraciones de auténtico sabor nacional.

Es "*Peregrina*" una linda novela, como dice Julio Planchart. En ella está magníficamente logrado el ambiente campesino —hoy desaparecido por el avance urbanístico de Caracas hacia el Este—, que Díaz Rodríguez conocía tan bien. Los tipos están muy bien delineados, tanto en el carácter como en la expresión. Todos son personajes que se destacan nítidamente en la obra. La sencillez encantadora de la protagonista se siente tan viva a través de las páginas de la obra, que se llega a quererla; hay un atractivo tal en aquella ingenua campesina, que no se acepta con tranquilidad la seducción de que la hace víctima Bruno, aquel buscador de orquídeas cuya felonía se presiente cuando se le sabe embaucador de extranjeros incautos que pagan gruesas sumas por flores que no llegarán a su país. En cambio, su hermano Amaro cuenta con todas las simpatías del lector, por su grande y bien delineada personalidad. Juan Chivera y Musiú Vicente son personajes logrados y que desempeñan una labor complementaria imprescindible en la obra. Y así, todos. La psicología del campesino nuestro, que en su alma simple mezcla sin discriminación ninguna, las creencias auténticamente cristianas con las de simple brujería, en "*Peregrina*" muestra tona-

lidades y matices insospechados, que dan mayor valor novelístico a la obra a la vez que son documento vivo del elemento humano vernáculo. En cuanto al habla popular, Díaz Rodríguez había convivido lo bastante con el campesino para que con sus dotes de fino observador y de estudioso, fuera capaz de transcribir las incorrecciones de carácter fonético en que el rústico nuestro incurre a cada momento.

El paisaje, como acontece en toda la novelística americana, es el factor más importante, y en esta novela de nuestro gran estilista adquiere contornos de personaje, casi. En Díaz Rodríguez el paisaje avileño tiene su mejor intérprete, pues desde su nacimiento mismo estaba en compenetración, en comunión con el viejo Avila y las tierras que a sus flancos se extienden; allí habían transcurrido los primeros años de su infancia; allí se forjaron sus primeros sueños, los más tiernos; allí conoció la dura lucha con la brava tierra para sacar de sus entrañas, mediante el trabajo tesonero, los frutos opimos que son nuestra auténtica e insustituible fuente de economía. Por eso, nadie como él para describir el paisaje avileño que en "*Peregrina*" es obra magistral que atrae y encanta, porque ninguno más querido ni mejor sentido por Díaz Rodríguez, que en su descripción hace prodigios de técnica estilística consustanciada con el sabor de la tierra venezolana.

Es "*Peregrina*", sin duda, la mejor novela del gran escritor. Con ella se iniciaba por el sendero de la realidad rural nuestra que le iba a proporcionar excelente material, para que con sus dotes no igualados nos diera la gran novela nacional que también lo hubiera sido americana, haciendo así cristalizar la profecía de Rubén Darío. Pero para desgracia del arte novelístico, la política primero y la muerte luego, lo arrebataron del escenario en que iba a alcanzar sus más auténticos triunfos. ¡Cuánta obra literaria de recia envergadura nos hubiera dado después de su estancia en el oriente de Venezuela y de su viaje a Guayana y Apure!...

* * *

La obra póstuma de Díaz Rodríguez es "*Entre las colinas en flor*", Editorial "Araluce", Barcelona (1935). Débese a la preocupación de D^a Graciela Calcaño de Díaz Rodríguez, esposa del gran estilista. Mujer exquisita, que con admirable empeño se dió a la tarea de reunir en un volumen la obra dispersa e

inédita de su gran compañero. Era el mejor homenaje que ella podía rendir a su memoria. Y a la vez saldaba una deuda con la literatura nacional. No siempre es dado a los hombres de talento tener una compañera inteligente y tierna, y con esa ternura que es remanso de paz para esas violentas crisis que sacuden a los intelectuales; mas Díaz Rodríguez en eso fué afortunado. La prueba más elocuente de ello y de la fidelidad que de su memoria guarda "*la viajera misteriosa*", es "*Entre las colinas en flor*".

Comprende este volumen de más de cuatrocientas páginas la producción más variada de nuestro gran estilista, y a través de la cual se desliza la reciedumbre de su alma y la sutileza de su pensamiento. El índice está dividido en nueve partes: "*Entre las colinas en flor*", propiamente dichas, son "recuerdos y apuntes de Roma", como lo dice el mismo autor en carta que dirigiera al gran escritor mejicano Alfonso Reyes, y que aparece como introducción al volumen. Son trozos literarios en que alterna la pureza de un estilo, que ha logrado su máxima perfección, con el conocimiento y don interpretativo de la Historia, todo matizado por observaciones ajustadas, precisas, sobre arte.

La segunda parte la constituyen escritos inéditos que en su mayoría ponen en evidencia penetración de internacionalista, a la vez que son justificativo a su cargo de ministro de Relaciones Exteriores al año de estallar la primera guerra mundial. Son, algunos de ellos, escritos en los cuales vibra la desesperación por la incomprensión de los hombres que precipitaron sus pueblos en aquella sangrienta lucha. Otros, los menos, son dulces páginas de mera ficción literaria.

Dos hermosos prólogos, para los libros de un poeta mejicano, Juan B. Delgado, y otro venezolano, Andrés Mata, forman la tercera parte de "*Entre las colinas en flor*".

Luego una colección de seis cartas en las que trata los más diversos temas; los íntimos recuerdos de los tiempos de colegial en la carta al maestro; la palabra enaltecedora y llena de justicia para Juan Ramón Jiménez; la crítica ecuaníme para la historia constitucional de Gil Fortoul; la defensa de su paternidad del proyecto de un Congreso de Neutrales: réplica que es fuego para Manuel Bernárdez, a propósito de su trabajo "*La cruz de fuego*"; carta al Presidente argentino Alvear, que es verdadera obra de panamericanismo. Son todas muestras magníficas del género epistolar.

Ocho discursos componen la quinta parte de "*Entre las colinas en flor*", soberbias piezas oratorias de extraordinaria confección en las que a la precisión de los conceptos se une la belleza en la expresión.

Nueve sonetos en los que predomina el elemento criollo, engalanan las páginas del libro. Son sonetos de perfecta factura que llevan en sus versos toda la riqueza del paisaje avileño con multiplicidad de colorido.

Las tres últimas partes del libro, que comprenden varios escritos de diverso contenido, desde la página de amor hasta la concepción del Congreso de Neutrales, pasando por la evocación histórica, en vez de perder como generalmente acontece, ganan; por último, apuntes de viaje de los que sin duda, si la muerte no hubiese llegado tan pronto, habrían salido grandes obras que hoy serían orgullo de la literatura vernácula.

* * *

Manuel Díaz Rodríguez, prosista insigne —el mejor de nuestro país y uno de los mayores nombres de la prosa castellana—, extraordinariamente dotado por la Naturaleza para la elaboración de la frase bella, eterno enamorado del "*refinamiento en la expresión*", tuvo siempre, al realizar su obra, la tendencia o el gusto por "*el análisis psicológico*", ambas cosas, características fundamentales y muy señaladas del movimiento literario denominado *modernismo* y del cual fué en Venezuela su máximo exponente.

1946

LA POESIA DE ANAGREONTE

por Edoardo Crema